

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 419

25 CTS.

EB



Valor

por  
George O'Brien  
Lois Moran

FilmoTeça  
de Catalunya





*KLEIN, Charles*

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis  
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 419

\* **Valor**

Producción dramática

Interpretados por

GEORGE O'BRIEN, LOIS MORAN,  
MARIA ALBA, etc.,



\* *"Le Bandeau" (1928) del Dictionnaire  
Cinéma Universel* \* *NORAN i O'BRIEN*

*Est: 30-3-29 (Sejans "Cinéma" N.º 71 (8-12-45) pág 49*

**Es una superproducción FOX**

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
GEORGE LEWIS



---

---

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

---

---

---

---

# Valor

---

## *Argumento de la película*

---

Los que tienen un hogar y gustan de pasar en él todas las horas que les dejan libres sus ocupaciones, no saben lo que poseen, porque, en verdad, no hay nada comparable al nido de nuestros padres, de nuestras mujeres o de nuestros hijos.

Freddie y Mary Brower, hermanos que se idolatraban, vivían solos, por ser huérfanos, en un pisito de un barrio humilde de Nueva York; pero su vivienda era todo un mundo, apartado del resto de los mortales por la indiferencia de la gran ciudad.

Al morir, los padres de ambos les dejaron una pequeña renta que permitía a Mary no trabajar y poder cuidar de la casa y de su hermano, que prestaba sus servicios



en calidad de escribiente en una de las innumerables oficinas de la metrópoli norteamericana.

Aquel día, festivo, los dos hermanos se habían levantado más temprano que de ordinario y era ya de noche y no habían cesado un momento de trajinar por la casa. Estaban preparando una gran sorpresa a Roberto Kelly, el presunto novio de Mary, y decimos presunto, porque, aunque ya lo era efectivamente, no le había entregado aún el anillo de compromiso.

La hermanita llenaba la mesa de dulces y golosinas que eran verdaderas maravillas de la repostería, y al ver tanta cosa Freddie no pudo menos de exclamar:

—Como te lo digo, hermanita... si Roberto se come todo eso, no vivirá para contarle... ni para casarse contigo.

Y, felices, los dos hermanos se echaron a reír.

Mary reintegróse a la cocina para vigilar el asado, y en tanto, Freddie colocó alrededor de la mesa fotografías de Freddie ampliadas por Mary, en distintas poses, luciendo en todas el flamante uniforme de la policía americana; porque Roberto era policía.

Freddie creía causar una alegría a su hermana con la exhibición de estos retratos; pero se llevó chasco al ver cómo su

hermanita los retiraba para tener ella sola la alegría de mostrárselos a Roberto sin testigos, como demostración de lo mucho que le quería.

Las fotografías rodaron por el suelo y Mary las recogió ávidamente, no permitiendo que su hermano las volviese a tocar, y al incorporarse, tratándose cariñosamente, pues no había en el mundo seres que se quisieran más, Mary dijo a su hermano:

—¡Apresurémonos, que no tardará en venir!

Freddie abrazó a su hermanita, linda y santa como la que más, y contestó:

—¡Qué chaladita estás por él! ¡Qué suerte la mía si yo encontrase una mujercita que me quisiera tanto como tú le amas a él!

—Tú te casarás con una princesa, Freddie, porque eres muy guapo.

Y así bromeando, iban arreglando la mesa y haciendo viajes a la cocina, como si estuviesen preparando un banquete para cien comensales.

Entretanto, Roberto, el héroe de la jornada, valiente, simpático y dicharachero, telefoneaba desde un aparato del Cuerpo a la Delegación de policía, para dar cuenta de que había terminado su guardia y que se retiraba.



Luego, jovial, pensando en las alegres horas que iba a pasar junto a su amada y al hermano de ésta, con quien hacía muy buenas migas, porque ambos eran excelentes muchachos, dirigióse, tarareando una canción, hacia la casa del objeto de sus ansias.

Cuando él subía la escalera, Mary encargaba a su hermano que fuese a la tienda de enfrente por el mantecado con que quería obsequiar, a los postres, a Roberto.

Y Freddie, complaciente, vistióse la americana, se caló el sombrero y dispúsose a partir, cuando la llegada del policía le detuvo unos instantes, para saludarse mutuamente.

Al quedar solos los enamorados dieron rienda suelta a su pasión, y Roberto, levantando en sus brazos a su adorada, fué a sentarse con ella en un sofá del comedor.

Mary, que no cambiaría un puesto en el paraíso por el de estar al lado de Roberto, mostró a éste una revista y le indicó que leyese un título y una firma; y Roberto, asombrado, leyó:

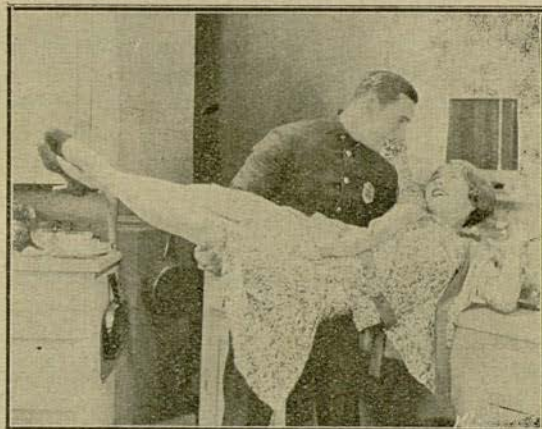
#### DEDOS DE TERCIOPELO

por Mary Brower

—¿Qué es esto, Mary? — preguntó Roberto, por el placer de oír a Mary hablar de su ilusión de novelista.

—Ya lo ves... Una revista ha comprado mi primer trabajo; todo llega cuando se porfía.

—Te felicito y nunca como en esta ocasión podía recompensarte yo con más oportunidad.



... *levantando en sus brazos a su adorada...*

—¿Recompensarme? Con que hayas venido, me basta.

—Te he traído algo...

—Mi invitación comprendía todos los gastos pagados — repuso Mary risueña y



sospechando algo muy grato para su corazón.

—Yo no voy a ninguna parte sin abonar lo que me corresponde. Mira... no sé si será bastante...

Y le ofreció un estuche de joyería, pequeño, frívolo, pero inmenso en su contenido.

Mary comprendió que su corazón no la había engañado y temblorosa, con tanto temblor en sus manos como en sus labios, aceptó el estuche, lo abrió con exquisitos cuidados, como si temiese que se rompiera un cristal o, lo que en aquellos momentos era lo mismo, el encanto, y vió con indescriptible emoción un anillo, el suyo, el de ambos, el aro de compromiso.

Roberto, que la había observado en silencio, le dió tiempo para recobrarle y le musitó:

—¿Te gusta?... ¿Quieres acaso otra cosa?

Por toda respuesta, Mary le rodeó el cuello con sus brazos y aquella fué la primera vez que le besó con lágrimas.

Hallábanse construyendo castillos en el aire, sintiéndose, como todo enamorado, formidables arquitectos, cuando, brusca-mente, oyeron el estampido de un disparo de arma de fuego. Cambiáronse una mirada inquisitiva y Roberto, separándose pres- tamente de su amada, calóse la gorra, se

aseguró el revólver en el cinto e hizo ademán de lanzarse a la calle.

—¿Adónde vas?—preguntóle Mary.

—El disparo ha sido hecho abajo. Voy a ver qué ha ocurrido.

Y sin aguardar la nueva pregunta de Mary, abandonó el piso y hallóse en un santiamén en el arroyo, en el preciso instante en que un automóvil, en el cual iban tres hombres armados, huía a toda velocidad.

Roberto era el único guardia que había acudido al lugar del suceso y, temerario y fiel cumplidor de su deber, no titubeó en subir al primer coche que pasó, ordenando al chofer que siguiese a toda marcha, volando, al auto de los bandidos.

Roberto estaba seguro de que aquellos fugitivos eran los autores del disparo. El automóvil en que ellos iban había embragado frente a la joyería de aquella calle, y todo hacía suponer que habían cometido un robo después de haberse visto obligados a poner fuera de combate al empleado o dueño que pretendió hacerles frente.

En efecto, eso había ocurrido. Dos bandidos penetraron en la joyería en cuestión y, hallando solo al dueño, pues el empleado de éste se había marchado ya a su casa, le amenazaron con arma de fuego y, mientras uno de ellos le apuntaba un revólver al corazón, el otro le maniataba y para evi-



tar que chillase, cubría su boca con un papel engomado, de esos que, en tiras, acostumbra poner en los paquetes en ciertos establecimientos.

Seguidamente los dos ladrones forzaron la caja y se llevaron cuanto había en ella, y ya iban a desaparecer cuando el sonido del claxon del coche que les esperaba fuera, y en cuyo volante se hallaba el tercer cómplice, les advirtió de que un peligro les acechaba.

Pero, en la fiebre de terminar la "operación" de vaciar la caja, se entretuvieron un tanto y eso permitió a Freddie, el hermano de Mary, entrar en la joyería para comprarse una pluma estilográfica de la que desde hacía tiempo andaba enamorado y que en aquellos momentos, con el poder de la tentación, se le ofrecía de nuevo, en ocasión propicia para adquirirla, pues llevaba dinero suyo encima.

El muchacho, apenas traspuso el umbral de la tienda, vió a los miserables y, a tiempo que el bandido del coche hacía sonar repetidas veces el claxon, abalanzóse a los ladrones, en lugar de, midiendo el peligro que ellos representaban, huir, con un alto sentido de ayudar al prójimo.

Naturalmente, su heroico gesto tuvo el resultado que cabía esperar. Freddie no iba

armado y los dos hombres sí, y antes de que los puños del muchacho pudieran dar cuenta de uno de los malhechores, el revólver del otro se disparó en el vientre del valeroso defensor de los bienes del prójimo, y el pobre Freddie cayó muerto en el centro de la tienda, rodando con él por el suelo el refresco que acababa de adquirir para la fiesta en honor del policía Roberto.

Los ladrones huyeron velozmente apenas hubieron disparado, y fué, como ya se ha dicho, cuando trataban de ponerse fuera del alcance de todos, en el momento que Roberto salió a enterarse de lo acaecido.

A continuación, la gente, atraída por el disparo, arremolinóse ante la tienda, acudieron otros policías y al entrar en la joyería, hallaron muerto a Freddie y maniatado y singularmente amordazado al dueño del establecimiento.

Fueron acudiendo otros policías, que contuvieron a los curiosos, que pretendían entrar en la tienda, y mientras uno llamaba a la ambulancia sanitaria, otros desataban al dueño, quien se libró por sí mismo del papel engomado que ataba sus labios.

El capitán de policía, que acudió en automóvil a la joyería, tomó declaración al dueño, y éste afirmó, lamentando lo sucedido al joven Freddie:



—Eran dos; les vi perfectamente la cara... ¡Les reconocería en cualquier lugar!

Mary, intranquila ante la tardanza de su hermano y de Roberto, pensó que habría ocurrido algo grave en la calle que los retenía a ambos; y, poniéndose el sombrero, salió de su casa.

Apenas en la calzada, su atención se fijó en el gentío estacionado frente a la joyería, que se hallaba inmediata a la tienda de helados, y acercóse curiosa, pero bien ajena a la realidad, es decir, sin sospechar ni remotamente que a su hermano le hubiese ocurrido algo.

Un joven pugnaba por abrirse paso entre la muchedumbre, y Mary preguntó a ese desconocido, en vista del interés que tenía en entrar:

—¿A qué se debe este alboroto?

El joven, que tenía mucha prisa, empujó consigo a Mary y de pronto los dos se hallaron en la tienda.

Un policía les cerró el paso; pero el joven dijo, como infalible pasaporte:

—Soy un reporter del *Heraldo de la Mañana*.

Y sin preocuparse más de Mary, el periodista se libró a las averiguaciones que necesitaba para su reportaje.

En tanto, Mary, paseando sus miradas por la tienda, buscando, al enterarse de que

había habido robo, las huellas de los ladrones, como temerosa de que de pronto surgiese uno de ellos de un rincón, con ese miedo de todos los buenos, vió, con infinita sorpresa, una caja de helado y pensó, sin poderlo remediar, en su hermano, en el encargo que ella le hiciera cuando Roberto acababa de llegar a la casa.

Un presentimiento horrible atenazó su corazón. En el suelo había un hombre, cubierto por una sábana, y aquel hombre... ¡No, no! ¡Imposible!... ¿En qué atrocidad estaba pensando?

En aquellos momentos aparecieron en la tienda dos enfermeros, quienes colocaron en una camilla el cuerpo del asesinado, y lo transportaron seguidamente a la ambulancia. Y entonces Mary, presa de nuevo por el horrible presentimiento, corrió tras de los enfermeros y al alcanzarles, al pie de la ambulancia, insistió, suplicante, como enloquecida, en ver al muerto.

Uno de los enfermeros levantó la sábana por la parte del rostro del difunto, y el público conmovióse al oír un grito desgarrador:

—¡Freddie!

Era tan grande el dolor de la infeliz Mary, tan furiosas sus protestas contra la muerte de su inocente hermano, que fué preciso que unos agentes de policía la apar-



tasen del cuerpo, silencioso para siempre más.

Una vecina, apiadada de la tragedia de Mary, la amparó en sus brazos y maternalmente la condujo a su casa, en la que, después de prodigarle frases de aliento, la dejó como atontada, como inconsciente.

Un poco después, regresaba Roberto de su infructuosa persecución de los ladrones. Los perdió en una encrucijada que los miserables conocían bien, y al saltar del coche que él empleó, dijo al chofer:

—Gracias. Distinguí en el automóvil un rostro que no olvidaré jamás.

Algo era algo. Roberto no cesaría hasta dar con el individuo que había visto en el coche.

Al subir al piso de Mary, la vecina, que vivía en el cuarto inferior, le salió al paso y, sin poder ocultar su emoción, le dijo:

—¿No sabe usted? El muerto...

—¿Qué?—la interrumpió Roberto angustiosamente.

—Es el hermano de Mary.

Roberto tuvo que contenerse para no lanzar un rugido de fiera, como explosión del dolor que experimentaba ante tan cruenta noticia. Freddie había sido considerado por él como un hermano y le quería casi tanto como podía quererlo Mary.

Frenético irrumpió en la habitación de

su amada y hallóla en el mismo estado en que la dejara la vecina. Todas sus ansias de gritar, de maldecir al destino, se trocaron en mansedumbre al hallarse ante la pena de Mary. Acercóse a ella, como sobre la punta de los pies, para no hacer ruido, y abrazándola le murmuró:

—¡Mary!... ¡Mary!... ¡Vuelve en ti!... Yo te prometo que le vengaré...

Ella tenía la mirada perdida en un punto inconcreto, como si su alma estuviera muerta. Roberto la prodigó palabras cariñosas, besó sus lágrimas y al fin, Mary, despertando de su especie de letargo, abrazóse desesperadamente a él.

Y Roberto sentenció:

—¡Me apoderaré de los asesinos, Mary, aunque me vaya la vida en ello!

\* \* \*

Siguió una semana de infatigables pesquisas, y un buen día Roberto presentóse en la tienda de música de Bernard, convencido de que había encontrado al asesino de Freddie Brower.

Como medida de precaución, avisó a la delegación de policía para que mandasen el coche celular a dicha tienda, así como ayuda.

La tienda de música de Bernard era pro-



piedad de un violinista que respondía por aquel nombre y que tocaba en el establecimiento las piezas de música por las que los clientes se interesaban.

Roberto entró solo en la tienda y, atendido por una empleada, observaba con ojos de lince a Bernard interpretando al violín una sonata. Bernard, a su vez, le observaba también, y por cierto no agradablemente.

Roberto se hizo envolver una partitura de música y pidió a la empleada que para mayor seguridad engomase el papel envoltorio con la tirilla de papel engomado que se hallaba sobre el mostrador.

Y al coger el paquete y comprobar que el papel engomado era exacto al utilizado por los bandidos con el joyero robado, no titubeó en agarrar—al ver llegar a la policía, oportunamente avisada—a Bernard por las solapas de la americana y obligarle a salir a la calle con él; y ya en ella, o sea, salvado todo peligro de violencia en la tienda por parte de cómplices del músico, lo esposó y lo hizo subir al coche celular.

Y llegó el día de la vista de la causa.

Roberto estaba persuadido de que Bernard sería condenado como uno de los asesinos de Freddie, y allí estaba Mary para asistir a la condena del miserable.

Hallábase asimismo presente entre los testigos el dueño de la tienda de joyería.

El abogado defensor de Bernard estaba tan tranquilo como el propio acusado, porque la acusación de Roberto no se basaba en nada fijo.

Con ironía, el abogado defensor del acu-



... lo hizo subir al coche celular.

sado mostró a Roberto la tira de papel engomado que se usaba en la tienda de música, y le preguntó:

—¿Es verdad que los aparatitos de papel engomado están en uso en muchas tiendas de música?

—Es posible — repuso Roberto, no com-



prendiendo que al pronunciar estas palabras demostraba que el detalle de que el papel engomado puesto sobre la boca del joyero y el de la casa de música eran exactos, no era bastante para acusar al dueño de la casa de música.

El abogado, cada vez más seguro de su triunfo, añadió:

—Señor Kelly, usted afirma que no estuvo sobre el estribo del automóvil que perseguía al de los ladrones más de dos o tres segundos...

—En efecto...

—¿Y pretende usted identificar a un hombre a quien vió durante dos segundos?

—Nosotros los guardias, estamos preparados para observar y reconocer un rostro en cualesquiera circunstancias.

El abogado solicitó la declaración del dueño de la joyería, y preguntó a éste, mostrándole al acusado:

—¿Reconoce usted a ese hombre como uno de sus asaltantes?

El testigo contestó sin vacilar:

—Estoy perfectamente *seguro* de que no es ninguno de ellos.

Luego, para terminar con la demostración bien patente de la inocencia del acusado, el abogado defensor, atendiendo a datos dados por su patrocinado, dijo a la presidencia:

—Haré llamar ahora al doctor Simmons, el distinguido neurólogo y cirujano.

Presentóse el aludido testigo seguido de su secretaria, y el abogado de Bernard le interrogó hábilmente.

—¿Se cuenta entre sus pacientes un hombre llamado Tomás Bernard?

—Sí.

—¿Tiene usted la bondad de informar al jurado de cuándo fué que le vió usted por última vez?

A una indicación del doctor, la secretaria consultó la ficha correspondiente a Bernard y el doctor pudo contestar conforme a la verdad, como sigue:

—El señor Bernard estuvo en mi oficina de las seis y media a las ocho de la noche del día 23.

El abogado, radiante de satisfacción, exclamó:

—¡El crimen se cometió a las siete y quince minutos de la noche del 23!

Quedaba plenamente demostrado que Kelly había sufrido un error, y el presidente le amonestó de esta suerte:

—Recomiendo al guardia Roberto Kelly que se haga examinar la vista... ¡No hay caso!

Y Bernard fué puesto en libertad.

Roberto se mordió los puños de rabia. Y miraba a su capitán jurándole y rejurando.



dole que estaba convencido de no haberse equivocado, de que todos los testigos habían declarado en falso. ¡Era mucho atrevimiento decir eso, pero Roberto no se retractaba!

Y Roberto no se equivocaba, porque, un poco después, el dueño de la joyería y el doctor Simmons y su secretaria hallábanse reunidos con Bernard y sus dos cómplices en el robo de la joyería, comentando lo ocurrido.

Se trataba, pues, de una banda de ladrones.

El dueño de la joyería era, en efecto, dueño de la misma, y si había simulado un robo, era para que la Compañía de Seguros cubriese los perjuicios causados. Habían realizado, pues, un bonito negocio.

El doctor Simmons era, también, doctor y sacaba partido de su profesión robando a algunos clientes.

Como se ve, la banda estaba tan bien organizada, eran tan *discretos* sus componentes, que nadie podía dudar de ellos... nadie, excepto Roberto, que estaba seguro de que todos eran unos miserables.

Los bribones buscaban una nueva idea que valiese la pena para engrosar de nuevo la caja común. Y la elección recayó en las joyas que se exhibían en la tienda de

Gaunt, y cuyo coste era de cerca de un millón de dólares.

Roberto cenaba con Mary en un restaurante situado enfrente de la tienda de música de Bernard, que de unos días a aquella parte era su obsesión y, aprovechando la circunstancia de no ver a nadie en la misma, a pesar de hallarse entornada la puerta, aunque eso no era de extrañar, toda vez que la hora de venta hacía rato que había cesado, despidióse de Mary, quedando en regresar luego a su lado y penetró en el establecimiento con infinitas precauciones.

En el piso de la tienda, se hallaban planeando bribonadas los cómplices de Bernard, por lo que Roberto pudo explorar el almacén a sus anchas; pero, de pronto, fué sorprendido por uno de los cómplices, el que conducía el coche de los miserables, y se originó una tremenda lucha cuerpo a cuerpo.

En aquel momento, Mary, intranquila, se acercaba a la tienda, y encontrando la puerta abierta, se internó en la misma, sorprendiendo la horrorosa lucha de los dos hombres.

Al ver en peligro a Roberto, trató de salir en su defensa; pero en aquel instante, el bandido asestaba al valeroso joven un terrible golpe en la cabeza con la cula-



ta de su revólver, tumbándole sin conocimiento en el suelo.

Mary, horrorizada, abrazóse al cuerpo inerte de Roberto, al mismo tiempo que, al rumor de la lucha y de los gritos, acudían los demás cómplices.

El doctor Simmons vió que Mary había perdido, por efecto del brusco golpe, la memoria, y se tranquilizó respecto al peligro que ella podía representar declarando lo que había visto. Para mayor seguridad, decidió ponerla en observación, y la hizo trasladar a su clínica, seguro de que lograría sacar partido de la amnesia de la infeliz.

Y Bernard, por su lado, consultando el caso con el propio Simmons, que era el jefe de la pandilla, llamaba a la policía, al mismo tiempo que los demás cómplices huían de la tienda de música con Mary, para que acudiese al establecimiento y hallase allí tendido a Roberto, al que él acusaría de allanamiento de morada.

Y al acudir la policía, Bernard, fingiendo maravillosamente, señaló a Roberto, que iba vestido de paisano y, jadeante, explicó:

—Le sorprendí registrando mi escritorio y me atacó.

Los policías registraron a su compañero

y asombráronse al hallar en uno de sus bolsillos un paquete de llaves falsas.

Roberto fué detenido y conducido a la delegación, donde se le impondría el castigo que merecía por su incomprensible insistencia en considerar culpable a un hombre, Bernard, que había sido absuelto por el juez, en vista de que nada le acusaba.

Entretanto, el doctor Simmons comprobaba, por varios experimentos realizados con Mary, que ésta había perdido absolutamente la memoria, es decir, que padecía de obscuridad mental, ignorando en absoluto lo ocurrido, su pasado, viviendo, por decirlo así, una existencia nueva.

Los periódicos publicaban en gruesos caracteres la noticia de la extraña desaparición de Mary, expresándose en los siguientes términos:

### SE BUSCA A MARY BROWER POR TODA LA CIUDAD

*La policía se ocupa activamente de descubrir el paradero de Mary Brower, cuya desaparición constituye un verdadero misterio. La joven desapareció en uno de los barrios más populosos de la ciudad y el asunto se hace de día en día más inexplicable.*

*Teniendo en cuenta que el hermano de*



*la joven fué asesinado hace poco, víctima inocente de un grupo de salteadores, a quienes sorprendió en una de sus fechorías, se sospecha que esa desaparición no sea más que una venganza de los aludidos bandidos.*

El doctor Simmons mostró a Mary un periódico abierto a la página que publicaba la noticia de su desaparición; pero la infeliz no se inmutó, como si aquello no fuese con ella.

De resultas de la acusación lanzada contra él por Bernard, Kelly fué suspendido de empleo y sueldo; pero le quedaba la satisfacción de que, lo mismo su capitán que sus compañeros, creían en él.

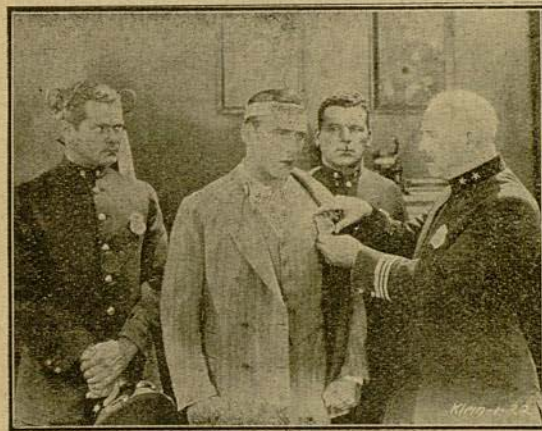
Al salir de la delegación, Roberto, herido en el alma por la humillación que había sufrido, se juró encontrar a Mary y descubrir a la banda de ladrones de que formaba parte el violinista.

Los bandidos creían que Roberto, con la dura lección recibida, dejaría de vigilar la tienda de música de Bernard, o por lo menos, que la policía lo habría trasladado a otro punto, como medida de castigo.

Pero Roberto, de la mañana a la noche, inspeccionaba el establecimiento de música desde el café situado enfrente del mismo.

Pasaron algunos días, y los planes del

robo de las joyas de la tienda de Gaunt iban adelante. El doctor Simmons creyó oportuno encargar a Mary de la operación de preparación del robo y logró que ella se dirigiese a la joyería, adquiriese un collar de 8,000 dólares y, pretextando haber-



*... Kelly fué suspendido de empleo y sueldo.*

se enamorado de las joyas expuestas en el escaparate, y que habían sido vendidas por una archiduquesa rusa, quedó, después de haberlas examinado a su placer, en contestar al dueño de la joyería, por teléfono, si su padre, que se hallaba enfermo, le permitía adquirir alguna pieza.



Mary presentóse en la tienda como Bety Worthington, recién llegada de Australia para pasar una temporada en Nueva York.

Mary había quedado en reunirse con los cómplices, a los que ella obedecía sin saber a punto fijo lo que hacía, en la tienda de música, y ocurrió que Roberto la descubrió desde el café, apresurándose, loco de alegría, a ir a su encuentro.

Pero Mary se apartó, temerosa de él, no reconociéndole.

En aquel instante salió de la tienda de música Bernard y apartando a Roberto, alejóse en el coche con Mary.

Bernard sabía ya que Roberto no pertenecía al Cuerpo de policía, y no le temía.

Roberto alquiló un taxi y siguió el coche en que iba su amada, y aunque el de ésta, conducido por un cómplice, trató de burlarle, logró saber dónde se detenía.

Mary iba con Bernard al piso que el doctor Simmons había alquilado para ella y sus cómplices.

Roberto logró saber, por el portero, de quién era el coche allí detenido, y al enterarse de que Mary se hacía llamar Betty Worthington, sospechó que aquellos miserables la habían acaso amenazado de muerte, obligándola a secundarles en sus planes y hasta a negar que le hubiese conocido nunca.

Aprovechando un momento de distracción del portero, Roberto ocultóse en el montacargas, y de esta suerte pudo introducirse en las habitaciones ocupadas por su amada.

Mary acababa de llamar por teléfono al señor Gaunt, suplicándole que le mandase las joyas a su casa, pues su padre, imposibilitado de moverse de su sillón, a causa del fuerte reuma, deseaba verlas allí mismo, para escoger las piezas que más gustasen a su hija.

Mary aislóse en una habitación, esperando el momento de recibir al joyero y de ayudar a los ladrones a robarle las joyas, y Roberto la encontró sola y trató de hacerse reconocer por ella. Pero Mary no se acordaba de él, y a pesar de que Roberto le recordaba hechos pasados, momentos felices y la muerte de su hermano, no logró sacarla de su amnesia.

—¡Mírame, Mary! ¡Mírame... y procura recordar!... ¡Soy Roberto!... ¡Roberto Kelly!... ¡Y tú eres *Mary Brower!*

Algo confuso se apuntaba en el cerebro de la infeliz. La muerte de su hermano, la lucha de Roberto con uno de los ladrones, pero vago, todo vago...

Roberto, que veía que iba recordando, añadió:



—¡No desmayes, Mary! ¡Tienes que recordar!

En aquel instante, un cómplice, el mismo que luchara con él la otra vez, sorprendió a Roberto, y de nuevo entablaron una feroz riña cuerpo a cuerpo, durante la cual, Mary, aterrada por la violencia que ponían en las acometidas los dos hombres, sufrió un golpe tan intenso en su cerebro, que, como si alguien hubiese apartado brusca-mente de ella, de un manotazo, un espeso velo, recobró la razón.

El bandido fué vencido y puesto fuera de combate.

Mary, llorando de alegría, abrazóse a su amado, recordándolo todo y, juntos, planearon el modo de apoderarse de toda la banda.

Los joyeros acababan de llegar. Eran tres: el señor Gaunt y sus dos agentes de confianza.

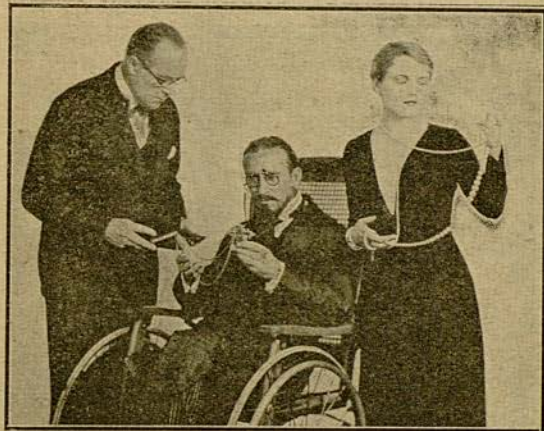
De acuerdo con Roberto, Mary se prestó a la comedia, y, con su seudo padre, examinó las valiosas joyas, cuando, siguiendo el plan concebido por los ladrones, presentáronse, armados, Bernard y el otro cómplice.

—¡Manos arriba!—gritaron.

Mary y su apócrifo padre, así como la supuesta enfermera de éste, levantaron las manos, al igual que los tres joyeros, como

si realmente los intrusos les fuesen desconocidos.

Mientras Bernard los tenía a todos a raya, amenazándoles de muerte, el otro cómplice amordazaba, por el sistema de los papeles engomados, a los tres joyeros.



... examinó las valiosas joyas...

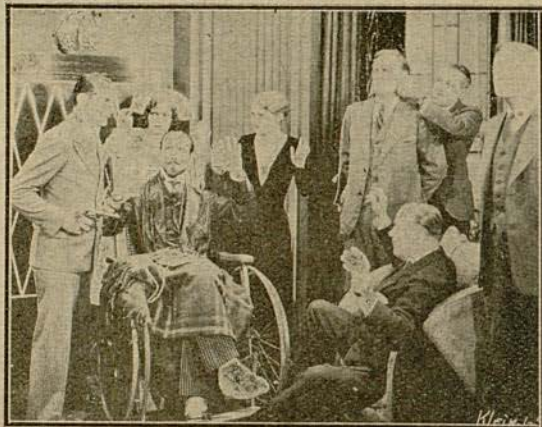
Y todas las valiosas joyas pasaron a poder de los miserables.

Roberto telefoneó al portero de la casa, por medio del tubo acústico del montacargas, que llamase inmediatamente a la policía, porque estaban robando en las habitaciones de Betty Worthington. Pero antes



de que llegase la ayuda pedida, Roberto sorprendió a los miserables, obligándoles a rendirse.

Había hecho buena pesca; cuando llegase la policía, no tendría más trabajo que el de llevarse a los bandidos.



—¡Manos arriba!

Sin embargo, el doctor Simmons, que se hallaba en su clínica, se trasladó a las habitaciones alquiladas para el robo y sorprendió a su vez a Roberto. Todo parecía perdido para éste y Mary, que, bien lo veía el doctor, había recobrado ya sus facultades mentales. Pero Roberto había ju-

rado vencer o morir en aquel asunto, e ingeniándose, en un derroche de sangre fría admirable, arrancó el arma de manos del doctor Simmons y lo derribó al suelo de formidables puñetazos, y luego hizo lo propio con los otros cómplices, que, desatados por Mary por orden del doctor, se disponían a dar cuenta del noble muchacho.

Y cuando llegó la policía, tuvo que proceder a la recogida de cuatro cuerpos maltrechos y a libertar de sus ligaduras a los tres joyeros que habían sido encerrados en una habitación contigua.

El capitán, que había acudido con los policías, oyó de labios de uno de los cómplices esta acusación:

—¡Bernard fué el que disparó contra Freddie Brower! ¡Yo no! ¡Yo no!

—Ya lo ve usted, capitán—dijo Roberto a su buen jefe—. Todos ellos forman una peligrosa banda de ladrones.

Y el capitán repuso, sonriendo al ver a Roberto abrazado a Mary:

—Vuelva usted al servicio, Kelly... como sargento.

Y añadió, gozándose en el asombro de su subordinado:

—...después de treinta días de licencia para el viaje de bodas... ¡a sueldo!



Y el amor de Mary y la consideración de sus jefes y compañeros fué el premio que obtuvo el valor de Roberto.

FIN

---

No se olvide de  
**La Novela del Chofer** 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Le interesa  
 30 cts.

**La Novela de la Modistilla**

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

**La Novela Americana Cinematográfica** 30 cts.

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
 Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

